

Para limpiar el aire de la vida

Por Fernando Tinajero

Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 28 de abril 1999

Cuando el Último Aureliano terminó de descifrar los manuscritos de Melquíades, un viento mítico se abatió sobre Macondo como estaba escrito, porque todo lo ocurrido en ese pueblo sería irreplicable desde siempre y para siempre y la estirpe condenada a cien años de soledad no tendría una segunda oportunidad sobre la tierra. Melquíades, no obstante, habría de sobrevivir a la destrucción de ese lugar recóndito y maldito donde ejerció el ministerio de su sabiduría de gitano memorioso y taumaturgo, y sus manuscritos, copiados una y otra vez por los acuciosos amanuenses del Tiempo, siguen siendo leídos y descifrados por los miles de ojos que sobre ellos se posan con la obstinada esperanza de romper el cerco de su condena.

Pero la soledad tiene una cáscara dura que no se roe fácilmente instalada en el corazón mismo de un continente que perdió el pasado, la risa, los dioses, y casi está perdiendo el futuro, la soledad —como ha escrito Octavio Paz— es el sustrato más profundo de una conciencia que se siente despojada de sí misma, separada del cosmos original, desarraigada. Un sustrato, por tanto, que subyace a los muchos disfraces que hemos ido adoptando a lo largo del tiempo, no sabemos bien si para entretener la soledad o para conjurarla. Unida desde siempre al sentimiento de la culpa, la soledad es al mismo tiempo una fuga y un regreso, una tentación y una caída, una nostalgia, pero a la vez se agazapa en el miedo a lo desconocido, en el júbilo de las celebraciones y en la solemnidad de los rituales.

De esa soledad, precisamente, nos hablan las narraciones de este libro de Raúl Vallejo —aunque sería mejor decir que la soledad es en ellas atmósfera y sustancia, condición de existencia y materia de las múltiples historias que se desarrollan en sus páginas. Sus personajes circulan entre ellas atravesados por el desamparo, el desamor, o esa ausencia de piedad que se llama cinismo; viven sus vidas de ficción como si fuesen enfermos terminales, pero a veces, con falsa convicción o fervor fraudulento, simulan ilusiones cuya única función consiste en devolverles a la opaca incertidumbre de sus días vacíos. Sin siquiera saberlo, tales personajes acreditan de este modo su legítima condición de herederos de aquella estirpe macondiana que atravesó la vida marcada por la soledad, para después, una vez destruido su lugar de origen, regarse por los cuatro costados de este continente nuestro donde la soledad, más allá de la maldición de la historia y de las equivocaciones del destino, ha llegado a ser la esencia metafísica de nuestra particular manera de pertenecer a la especie humana.

Paisaje de soledad y de abandonos, este libro lleva sin embargo un título que le hace sospechoso: *Fiesta de solitarios*. No se trata, por lo tanto, de un lúgubre lamento que atravesara los páramos helados, sino de un bullicioso trajín en cuya cresta, como penacho heráldico, la frivolidad de la risa desgarró el aire poblado de susurros. Se trata de una fiesta, o lo parece; pero se trata de la fiesta más triste de este mundo, cuya sola celebración es ya una memoria de sí misma. Es la fiesta de los encuentros clandestinos en las alcobas mustias, saturadas del agrio olor de los cuerpos que se acercan, se reconocen, se rechazan y se olvidan; es la fiesta de los amores que no llegaron a nacer, o que nacieron muertos, y sobre todo es la fiesta del equívoco sexo de las identidades

extraviadas.

Hay que admitir, desde luego, que es necesario un gran coraje para escribir sin disimulos mojigatos sobre un tema que todavía no se puede mencionar en sociedad, como no sea en nombre de la moral y de las buenas costumbres. Que yo sepa, en la más reciente literatura del Ecuador no hay sino un autor, aparte de Raúl Vallejo, que se atrevió a tratar sin concesiones sobre el tema del amor homosexual. Hablo, desde luego, de Xavier Vásconez, cuyo "Angelote, amor mío" es una de las piezas mayores, no ya de la literatura local, sino de la literatura breve de América Latina. Pero si aquel texto de Vásconez se inscribe en sus característicos frescos de la decadencia señorial, el de Raúl, más próximo en el tiempo, viene a documentar los procesos de descomposición social de nuestros días posmodernos, signados por la disolución de los sujetos y la evaporación de los valores.

En este sentido, pienso que "Te escribiré desde París" es un cuento largo —casi una novela corta— que se ha hecho ya un lugar en la literatura ecuatoriana de fin de siglo. Y no un lugar cualquiera, sino uno de privilegio, porque no es frecuente encontrar tanta hondura humana, tanta honestidad, tanta fidelidad a las complejidades de la siempre desconocida existencia. Escrito desde la intimidad de una conciencia en crisis y, por supuesto, traspasado por la más irrevocable soledad, "Te escribiré desde París" tiene una especie de perfume de flores olvidadas que parecería circular por la habitación recién abandonada, trayendo jirones de recuerdos, de melodías escuchadas y de noches vividas en el calor engañoso de un amor que simula ser lo que no es y que no se siente culpable porque la culpa es ya una costumbre.

Pero la literatura tiene un esencial imperativo ético. Su única razón de ser, su única justificación válida, consiste en hacer posible la exploración siempre inconclusa de la extraña condición Humana. Un texto que no sea capaz de enseñarnos nada acerca del hombre y su destino es un texto que no merece existir, y si existe, su existencia es gratuita y contamina de banalidad todo el universo. Raúl lo sabe y, por lo mismo, la agonía que intuyo detrás de sus renglones no es una simple imaginación. Las noches interminables de batallar con las palabras, los días y días de observar la vida, de pesarla, de vivirla; los días y noches de transitar por las pequeñas congojas individuales y por los grandes pesares colectivos, no han sido elegidos al azar: han sido una agonía, unos combates, unos afanes y unos goces cuyo sentido solo se hace visible ahora, en la página impresa cuyo propósito es entender como simplemente humano aquello que hasta hoy hemos considerado aberración, y que este fin de siglo, bajo la apariencia de la victoria de un sistema planetario, solo ha podido ofrecernos la desolación de conciencias descentradas, arrojadas de sí mismas por el vendaval de un progreso que cree en el dinero y ha dejado de creer en el amor.

Por eso no habrá lectura inocente de estas páginas, como nunca la ha habido de la gran literatura. Traspasados por nuestra propia soledad, pero ahora en condiciones de reconocernos unos a otros como náufragos de un mismo desastre, podemos transitar por estas páginas sabiendo que después de ellas podremos encontrar más limpio el aire de la vida.